

La expansión religiosa en cuestión

E.
MIRET
MAGDA
LENA

DOS hechos tiene que enfrentar con urgencia el catolicismo español en la nueva situación democrática que comienza.

El primero es la indiferencia religiosa de la juventud. En todos los países de la Europa occidental ha crecido de modo espectacular esta actitud, que no está ni a favor ni en contra, porque adopta la postura de sentirse apartada de los valores religiosos que hasta hace poco tenían una vigencia popular. Y dentro de nuestras fronteras se nota también el crecimiento acelerado de esta ola: la práctica religiosa juvenil ha caído en picado, y la crítica de los dogmas tradicionales se encuentra generalizada entre la juventud, como muestran las encuestas realizadas en muchos países de tradición católica, la última de ellas efectuada en Francia en septiembre.

Negar esta realidad, o pretender autoconvencerse con datos parciales y poco representativos de otra cosa, es demasiado ingenuo y supone una postura ciega que traerá en el porvenir consecuencias desfavorables e irreversibles para la creencia religiosa dentro de nuestros pueblos del Estado español.

El segundo hecho, de igual gravedad para un próximo futuro en España, es el observado sobre la educación religiosa por el padre Arrupe durante la Asamblea de Obispos recientemente celebrada en Roma. Allí hizo ver estas tres cosas: 1.º Que las parroquias católicas no son adecuado vehículo de instrucción y formación en la fe, aunque sólo sea porque alcanzan únicamente como promedio al 10 por 100 de la población católica mundial. 2.º Que la escuela católica tampoco es eficaz, porque en el mundo sólo llega su influencia al 15 por 100 de la población escolar católica. 3.º Que los padres católicos no están preparados para transmitir la fe, ni saben hacerlo, dentro de la estructura actual tan disgregada que tiene la vida familiar, que resulta poco propicia para esta acción evangelizadora.

El lento caminar del organismo eclesial no tiene la flexibilidad necesaria para percatarse de ello y obrar en consecuencia. Entre nosotros usa ilusas razones defendiendo la libertad de enseñanza religiosa para la escuela pública del futuro, y pretendiendo su influencia por medio de escuelas y colegios católicos, sin darse cuenta que esto sólo son bellas palabras y bienintencionados propósitos que no corresponden ya a nuestra realidad,

que se abre a una democracia laica y un Estado no confesional.

Hay que arbitrar soluciones de otro tipo, que yo resumiría en dos aspectos: la educación va a ser laica en la escuela pública, y los medios de evangelización deben acomodarse a la nueva realidad social que está surgiendo en el país.

Evangelizar, catequizar. Palabras que suenan a antiguallas en muchos oídos, pero que pueden y deben ser renovadas y acomodadas a lo que es nuestra realidad juvenil del mundo actual, ya que el mundo se encuentra cada vez más en manos de la influencia de la juventud.

Y la transmisión del Evangelio tiene que dirigirse a ella de la única manera viva: por medio del testimonio personal. "El problema es sobre todo el de la credibilidad de los portadores del mensaje", como observa el pastor Casalis, gran especialista en estas cuestiones. Ya no se trata de discusiones académicas ni de apologeticas teóricas. El camino es dar ejemplo de convicción personal, hacer ver palpablemente las consecuencias prácticas de la doctrina del Evangelio en la vida concreta de sus propagadores. Así —vitalmente— es como se desarrollan los nuevos grupos orientales, que llevan ventaja muchas veces a nuestra acción cristiana, porque resulta ésta menos atractiva que la de ellos para nuestra juventud actual. Yo he conocido en España el mismo ejemplo que puso un obispo tailandés en el Sínodo de Roma: que la invitación a vivir espiritualmente en convivencia con los seguidores de ciertas corrientes orientales atrae más que todas las apologeticas teóricas del hinduismo o el budismo, que empiezan a desarrollarse por nuestras tierras españolas, porque le llevan ventaja a la aridez y falta de vitalidad espiritual de nuestra decaída religión tradicional. Y no es extraño que este contacto espiritual con Oriente acerque a algunos al Evangelio, aunque no a una Iglesia que no es testigo eficaz de nada interesante.

Esto lo debemos meditar los católicos, y comprender que no proporcionamos ya una imagen atractiva a los jóvenes. El secreto no está en las misiones cantadas al son de guitarras o de canciones más o menos modernizadas. No es ése el "quid" de la atracción religiosa. El hombre, como ya decía Platón, se acerca a la verdad con todo su ser. Y es a través de él —sin mutilar ninguna de sus tan variadas facultades— como se aproximará a los valores religiosos. El americanismo que suponen muchos inventos pseudoliturgicos de apa-

rente modernidad, es un engaño ingenuamente padecido por demasiados clérigos católicos. La juventud pide algo que llene, aunque le suponga sacrificio; algo que se viva en profundidad, que es lo que no le da el mundo actual profano o eclesialístico. Si la religión se limita a imitar ciertas costumbres exteriores de la sociedad actual, su acción será inoperante porque quedará a un nivel engañoso. He recordado muchas veces que la religión, o es una experiencia personal o no es nada. Y lo que ahora estamos suministrando es un ersatz, un sustitutivo superficial y artificial, pero no damos la enjundia que necesita el hombre. Los tradicionales sólo se fijan en lo exterior, y en eso se parecen a los progresistas al uso, porque únicamente se diferencian de los avanzados en que su punto de mira —igualmente superficial— se dirige al pasado y a antiguas costumbres religiosas que hoy están superadas.

Por eso se hacen necesarias dos determinaciones: renovar, pero sin perder el núcleo vital de la experiencia religiosa, experiencia que hemos dejado, con nuestros dimes y diretes, arrumbada en la cuneta, y producir una convincente influencia que tenga en cuenta a todo el hombre, en forma respetuosa de la libertad, y hacerlo en los lugares donde se encuentra la gente. Como ha observado el padre Arrupe, los católicos ya no acuden como antes masivamente a las parroquias ni a las escuelas católicas, y hemos de ir al encuentro de estos hombres "en la escuela laica, en los grupos profesionales y en las agrupaciones de diversión o cultura".

No se trata —como pretenden nuestros obispos españoles— de obtener una franquicia o privilegio para la religión católica en estos lugares profanos, sino usar de su ingenio los católicos para tener una presencia allí, sin exclusividad ninguna, como cualquier otro ciudadano o grupo humano, y difundir culturalmente sus ideas y sus hechos. No hay que olvidar que nuestra sociedad empieza poco a poco a considerar al cristianismo como un grupo extraño, igual que ocurre en otros países de tradición católica, como Francia, por ejemplo.

Los evangelizadores del presente deben ser —como describe el pastor Casalis— "testigos del hombre, y haciéndose creíbles como discípulos coherentes del subversivo de Nazaret, arriesgando sus vidas por los oprimidos y manifestando de este modo —y no de otro— la fuerza de la religión". ■